

te.)—Los perros han sido, de muy antiguo y por todas partes, utilizados para la guerra. En Oriente abundan los testimonios. Los hircanios llevaban consigo, en los combates, muchos hermosos perros, que les prestaban grande ayuda. Otros pueblos de la Caspia, los iberos, los albaneses, etc., etc., que poseían valiosas razas caninas, se servían de los perros para el mismo objeto. Los animales marchaban, como sus amos, al son de las trompetas, y se batían como ellos. También después de su muerte encontraban honrosa sepultura en las mismas tumbas de los guerreros. Esta práctica se encuentra igualmente establecida en Lidia, entre los magnetes del Meandro. En una guerra contra los de Efeso, cada uno de sus caballeros iba acompañado de un perro de caza que debía combatir á su lado. Los grandes y robustos perros de esta comarca sirvieron de auxiliares poderosos al rey Alyato contra una invasión de cimmericos. Los castábalos de la Capadocia y los colofonios formaban cohortes de perros, que combatían en primera línea, sin retroceder jamás. Probablemente Jerjes, por semejante costumbre, había llevado á Grecia, con su ejército, jaurías de perros indios.

ENFERMEDADES DE LOS PERROS.—Los antiguos consideraban cuatro enfermedades como las principales:

1.ª Los insectos, en primer término una mosca particular del género *cynips* (Lynneo), *acarus ricinus*, y la pulga *pulex*.

2.ª La gala (*scabies*), que se curaba por medio de fricciones con la hez del vino, ó con la aplicación, en las partes enfermas, de un linimento de *cithy* y de sésamo pulverizados y disueltos en la pez líquida.

3.ª La rabia (*rabies*). Esta palabra, en Homero, no tiene otro sentido que el de furor, cólera furiosa. *Perro rabioso*, en la *Iliada*, no es sino una metáfora, que expresa el furor belicoso de que Hector está poseído. Es preciso llegar hasta Aristóteles para encontrar la palabra con el sentido de rabia canina; lo que prueba que esta enfermedad era muy rara entonces, ó que había sido mal estudiada. El autor repite dos veces, en algunas líneas, que se comunica por la mordedura á todos los animales, exceptuando al hombre. Es muy probable que esta enfermedad haya nacido en la cautividad en que se ha tenido al perro, sucesivamente más estrecha. Se ha notado, en efecto, que en las poblaciones de Oriente, donde los perros vagan y se aparean libremente, no ofrecen ningún caso de rabia. Celso ha descrito brevemente los caracteres de la rabia, pero sin mención alguna de la causa que la produce. En tiempo de Celso ya no dudaba nadie que no pudiese ser comunicada al hombre; y el sabio médico aconsejaba, para tratarla, los únicos remedios todavía empleados hoy, como exprimir el virus, y la cauterización de la llaga. Añade que ciertos médicos recomendaban, también, inmediatamente después de la mordedura, un baño muy caliente, que provocase una traspiración tan completa como la pudiese soportar el enfermo: la llaga debía ser abierta previamente para facilitar la expulsión del virus, y luego lociones abundantes de vino puro. En tiempo de Luciano (siglo II de nuestra era) estaba bien comprobado que el virus rábico se trasmittía no sólo por la mordedura del perro al hombre, sino de hombre á hombre⁽¹⁾.

(1) *Diccionario de antigüedades*, de D'Arenberg.



AGINAS brillantes y poéticas pueden escribirse acerca de la historia de la caza durante la edad media. Esta época, que Michelet calificó de *prolongado suspiro*, ofrece, con su civilización tosca y aliento batallador, un sello especial en el campo venatorio.

El mundo antiguo se desploma con estrépito, libando los cortesanos de Roma la copa del placer; y una raza nueva, vigorosa, sale de los bosques para señorear el mundo.

La caza no es mero solaz y recreo: es una necesidad.

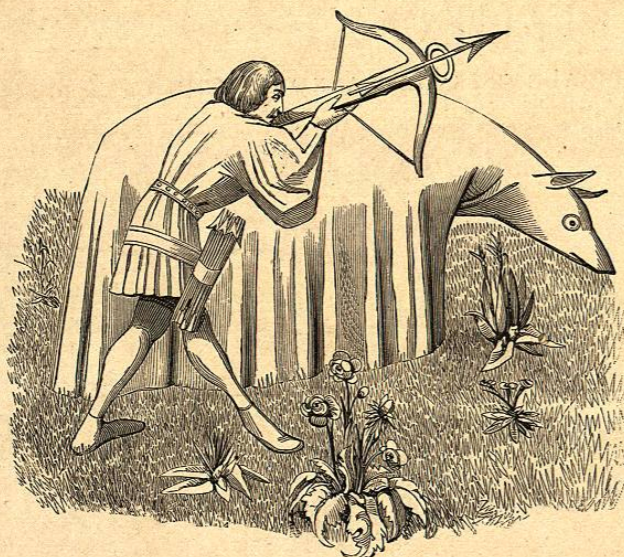
Aquellos guerreros salvajes, rudos, salidos de los frondosos bosques del norte, no trabajan el suelo, no cifran su sustento en la industria. El merodeo, el botín, la caza, son los medios de existencia de aquella avalancha de hombres, que avanzan, avanzan sin cesar, dejando oír sólo gritos de guerra y de venganza.

Atila y sus hunos son verdaderos azotes del Eterno, y por doquier se pelea y se incendia.

Las selvas y bosques vense convertidos en campa-

mentos. La lanza, el arco, la maza, no sosiegan; y cuando cesa la batalla silba la flecha que hiere ó mata al ciervo, al *urus* ó al bisonte.

Mucho espacio necesitaríamos para trazar la serie de cuadros que ofrece la historia venatoria durante la edad media; pero en este bosquejo sintético sólo



Artificio para ocultar al cazador (siglo xv)

podemos señalar grandes lineamientos y enumerar los principales hechos.

Por fortuna, la historia de la caza en la edad media en Europa ofrece, por punto general, un carácter bastante uniforme. Germania, Galia, Francia y España, que desempeñaron tan importante papel, nos proporcionan interesantes datos venatorios.

La Galia de las edades primitivas ofrece, en su aspecto general, gran semejanza con las comarcas de la América septentrional. El suelo hállase cubierto de bosques vírgenes, vastas lagunas, arenales desiertos, poblados de animales salvajes.

El *urus* gigantesco, el bisonte, el alce de gran talla, el caballo salvaje, vagaban en libertad desde el Rhin hasta los Pirineos, desde los Alpes hasta el océano.

El oso y el lince descendían tranquilamente desde las altas montañas. Los castores jugueteaban á orillas de los ríos que hoy bañan las más soberbias ciudades.

Junto á esta fauna, que hoy podríamos enumerar casi por completo, merced al testimonio de Strabón, Plinio y Pausanias, hallábanse razas salvajes y virge-

nes, pintarrajeadas, de extraño aspecto, feroces, que cazaban en el seno de los bosques á las fieras con flechas, con puntas de sílex, y terminadas con punzantes huesos.

Los galos, ya más civilizados, roturaron muchos bosques; pero César halló por doquier vastas y salvajes selvas.

Era tal la afición de los galos á la caza, que las piezas cazadas eran expuestas en el exterior de las viviendas á guisa de trofeos; y cuando un jefe galo moría se entregaban á las llamas sus armas, caballos y perros de caza.

Strabón y Plinio afirman que los galos mataban á los pájaros con dardos, y que empleaban para la caza flechas envenenadas con el jugo de ciertas yerbas.

Plinio añade que los moradores de la orilla izquierda del Rhin se entregaban con verdadero placer á la caza de los gansos salvajes. (Plinio, libro X.)

Arriano, en sus *Cinegéticas*, dice que los galos no cazaban por sólo el provecho, sino por el placer honesto que proporciona aquel ejercicio; y que no empleaban las *telas* y *lazos*, porque los suplía la calidad superior de sus canes.

Arriano describe la caza de las liebres entre los galos. El cazador enviaba, al amanecer, á registrar el sitio donde tenía su refugio y lecho la liebre. Una vez convenido, soltaba los canes de carrera en persecución de la liebre, y seguía á caballo á sus perros.

Arriano nos proporciona también curiosas noticias acerca de las costumbres religiosas de los cazadores galos. Muchos ponían aparte dos óbolos por cada liebre que cazaban, un dragma por una zorra, cuatro por



Caza de liebres (manuscrito del siglo xv)

un gamo; y todos los años, el día que se festejaba á Diana, se depositaba en el tesoro común del templo de la diosa. Pausanias refiere que en su tiempo se cazaba en la Galia el alce.

Hasta la invasión de los bárbaros los galos continuaron entregados con ardor á los placeres venatorios.

Los emperadores romanos, que fijaron su residencia en las Galias, concurrieron á magníficas cacerías. Constante, hijo de Constantino, pasaba semanas enteras con su séquito en aquellos frondosos bosques. El

emperador Graciano prodigó mercedes sin cuento á sus servidores de caza, y ambos soberanos perecieron asesinados por descuidar la gobernación del Estado, distraídos en los placeres venatorios.

La nobleza galo-romana, durante la época de la decadencia, conservaba el mismo aliento venatorio. El



Gastón Phœbus enseñando el arte venatorio (manuscrito del siglo xv)

aquitano Paulinus, nieto del poeta Ausone y cronista á su vez, describe con subidos colores los placeres de la caza.

Saint-Germain d' Auxerre, que vivió en el siglo v, fué gran cazador antes de ser piadoso obispo. Gobernador ó duque de su ciudad natal, se complació en exponer en la plaza pública el gran número de piezas que cazaba.

El imperio se derrumbaba por doquier, y, sin embargo, Sidonio Apolinario nos muestra á los galo-ro-

manos entregados con furor á la caza, á despecho de sus discordias y las oleadas de las invasiones enemigas.

En la época en que Sidonio Apolinario escribía, toda la Aquitania se hallaba señoreada por los visigodos.

II

Todos los bárbaros que se establecieron, en el siglo v, en el centro y sur de Europa, fueron de origen germánico y también famosos cazadores.